

Robustos chopos orillaban á trechos la carretera jubilosa antaño, ya por siempre arrumbada desde que por allí cerca humearon trenes. Y creédmelo: vosotros no más, tiernos amadores del alma de las cosas, acertareis á bien sondar la melancolía que me invadió en el camino abandonado al recordar sus días de algazara. Oh, arcipreste de mi valle, que por aquí solías cabalgar á lomos de vontruda yegua, con rumbo al seminario una veces, otras al entierro de un señor principal: Bravos carromateros nunca hartos de dormir sobre un montón de fardos y cajas, mientras el pesado armatosto se bamboloaba á merced de unas mulas prudentes...: Peatón en espera de la valija que el mayoral de la diligencia había de arrojarle sin parar sus caballos...: Lecheras, remozando la fábula del cántaro roto: mendigos, buhoneros, viandantes de misteriosa catadura: ¡qué fué de vosotros, corazón y poesía de este camino...!

«Mira:—dijo mi hermano cuando aquí llegaba yo en mis táctas evocaciones,—hartos días hemos vivido separados el uno del otro. Evita pues, estos silencios prolongados.» Y en verdad que su ruego fué poco oportuno. Doblábamos un recodo del camino, y, al descubrir nuevo panorama, imposible me fué reprimir atropelladas exclamaciones de sorpresa. Imaginad qué pasaría por mí al contemplar la austera mole de un convento en el mismo jardín que tantas veces rondé por mi primera novia. ¡Cuando pienso que estuve á punto de ser ladrón por ella...! Sucedió esto una tarde, luego de breve coloquio furtivo «No podemos seguir así—me había dicho.—Mis padres no te quieren; yo sufro mucho... Y tú, sin estudiar palabra...»

Ya en mi casa, como viera algunas monedas de oro sobre la mesa de escribir de mi padre, resolví tomarlas, pero el oír pasos en la estancia contigua, frustró mis planes de hurto, rapto y seducción....

.....
Mi hermano y yo callamos. Desnudos los pies, el cuévano á la espalda, una moza de recios contornos saludó afable: Con Dios vengan don Florián y la compañía.

Y como el cochero la preguntase cuál ruta conduciría primero al barrio de la iglesia la muchacha indicóle un puente que pronto rezagamos.

Algo más adelante dos mujerucas reñían de balcón á balcón; y mientras algunos perros ladradores se obstinaban en darnos escolta, nuestro coche crujió dolorosamente en los altibajos de una calleja medio cegada por los cudones y las zarza moras....

Habíamos llegado á la aldea.

Luis BARREDA.



UN LIBRO DE INSÚA

Bien merecía llamarse tierra de santos á una población que venera á Santa Teresa de Jesús, á San Juan de la Cruz, á San Pedro Alcántara y á otros más. Es así como se designa á Avila en una novela que tiene á esta ciudad por marco de su acción y se titula *En tierra de Santos*. El autor de ella es Alberto Insúa, el joven autor de *Don Quijote en los Alpes*.

Cuando apareció este libro, se reveló el nombre de un nuevo artista, que poseía un sentido sereno del paisaje, un hermosísimo fiso y gran lucidez de pensamiento y que con estas cualidades, creó un libro admirable por su sencillez y por su intensidad.

Ahora, después de su primer libro, tan pródigo en promesas como en realidades, nos ha dado un selecto manjar con su novela *En tierra de Santos*, editada por M. Pérez Villavicencio.

En tierra de Santos es una parte de la historia de un escéptico llamado Alfredo Singal.